

El amigo invisible

Julio es un mes muy triste, después de todo. Las nubes se cierran en el cielo, el frío penetra entre las grietas de los corazones como el agua cuando horada tierras secas, los pájaros se marchan, las plantas se esconden...

Sí, el mes comienza triste, así que: ¿Porqué tendría que terminar de otra forma para Miguel?

Ahora piensa en eso, piensa, y aprieta fuerte el papelito que tiene en la mano; cierra el puño, cierra el puño y recuerda...

¿Cuándo comenzó todo?

Sí, fue aquella oportunidad que sorprendió a Laureana cuchicheando con Cristina. Fue en un día como todos: monótono, opaco y aburrido.

Como siempre, él fue el primero en llegar a la oficina. A veces, soñaba con tener una excusa para entrar tarde, algún hijo enfermo como Pablo, alguna noche agitada como Cristina, algún desperfecto en su automóvil como Luis, su jefe.

Pero él no tenía ni hijos, ni noche, ni automóvil.

Así que llegaba temprano, preparaba el café que todos tomaban sin siquiera una mirada de agradecimiento, y mientras tecleaba en su computadora escuchaba atento los relatos de las intensas vidas de sus compañeros.

Sonreía, se sonrojaba, asentía con la cabeza, agregaba un pequeño chiste, pero la conversación nunca estaba dirigida a él, la carcajada nunca era compartida, el comentario jocoso nunca era festejado.

Entonces, se entristecía, se apagaba su pequeño incendio de sentimientos, al saber que nunca sería aceptado en el grupo.

¿Y a quien él le importaba?

A nadie.

Podría entrar en combustión espontánea, y quizás alguien, sin dignarse a mirarlo por supuesto, le habría preguntado si había comenzado a fumar.

Aunque, ¿cómo podían prestarle atención?

Sus ojos hundidos reflejaban su timidez, su barbilla huidiza su falta de hombría, su cabello peinado meticulosamente su falta de personalidad.

Y para terminar su complexión de idiota, su cuerpo flaco y desgarrado, como un experimento fallido, como una broma a la efigie de Apolo.

Abrió de nuevo su mano, desarrugó el papelito, y vio otra vez el nombre.

Laureana.

¿Cómo había cambiado todo desde aquel diez de julio!, Aquel día en que volvía del baño casi en silencio, para encontrar a las dos mujeres en la oficina hablando en susurros.

Recuerda todavía el cuello de Laureana, con la nuca refinada al descubierto, con su espalda de muñequita y sus hombros al desnudo.

Tan bella, tan hermosa, tan distante, tan distinta.

Y él pasa a su lado, y sin querer mira, quizás buscando el encuentro casual con las curvas fugaces de las piernas de Laureana, y ve una lista en donde están anotados los nombres de sus compañeros.

Pero él no.

Él nunca.

Laureana levanta su vista sensual y lo ve, mira a Cristina, con sus ojos haciendo luces y se sonroja, y Miguel agacha la cabeza, la sangre también bullendo en sus

mejillas, y se esconde en su escritorio, se esconde como la ratita avergonzada que es, se esconde porque él nunca, él no es parte de los rituales de sus compañeros.

Entonces ve a Laureana levantarse y avanzar hacia él; es como ver formarse un tornado delante de él y no tener fuga posible.

Laureana se acerca, el perfume que la baña le nubla los sentidos; es el perfume de la flor nueva, de la flor cuyos pétalos aún conservan las gotas frías del rocío de la mañana.

- Miguel... - le llama, desde otro planeta, y él no responde, se hunde más en la silla y ruega por que ésta se lo trague.
- Miguel... - repite esa voz, y su nombre suena hermoso en ella, como si fuera una nota ejecutada en un antiguo y noble violín, tan distinta de las voces de la gente con la que trata de relacionarse para escaparle a la infamia de la soledad, tan distinta de la voz del almacenero con el que conversaba hasta el hartazgo(del comerciante), para no volver a la soledad afincada en las frías paredes desnudas de su casa.
- Si, Laureana- Quiere parecer seguro, pero tiene la garganta seca y carraspea, el Laureana se apaga en un ridículo silbido, y siente el calor insoportable en las mejillas.
- Si Laureana, ¿qué necesitas?- insiste.

Ella lo mira divertida, y oye el cloqueo de la risa apagada de Cristina a lo lejos.

- Mirá Miguel, estamos preparando un juego para el veinte de julio, ¿querés participar? Es por el día del amigo, y...

No puede seguir escuchando.

Lo invitaron.

A él, a la ratita, al tímido, al pusilánime.

Y lo invitó ella nada menos.

¿No sentía, a veces, que Laureana lo miraba?

No de una forma especial, pero aunque sea lo miraba.

Quizás...

No, no, no. No podía ser. Él no.

Pero, parecía ser la única que lo saludaba cuando se iba, la única que notaba que trataba de integrarse...

Laureana se dio vuelta, y retó a Cristina que seguía riendo.

-¿Y, jugás al amigo invisible?- le dijo.

Él contestó que si, y preguntó que tenía que hacer.

A la risa de Cristina se sumó la de Pablo y la de Luis que acababan de entrar.

Laureana sonrió, y le contó que pondrían los nombres de los cinco en cinco distintos papelitos y luego los meterían en el bolsillo de algún saco (siempre había varios colgados en el perchero) y, sin ver, cada uno sacaría un nombre, persona a la cual debería hacerle un regalo el veinte de julio, de forma anónima.

Miguel entendió y le encantó.

¿Y si sacara a esa mala persona de Cristina?

¿Y si fuera su jefe Luis?

Y, en su locura romántica pensó, ¿y si todos los papeles dijeran Laureana?

Sonrió para si, le gustaría que le tocara Laureana, pero se conformaba con ese pequeño rito de iniciación, de camaradería, aunque fuera laboral.

Era una probabilidad que después de eso, si él hacía bien las cosas, lo invitaran a salir a tomar unas copas, como hacían todos los viernes mientras Miguel caminaba taciturno a su casa, sin ningún apuro, ya que no iba a ninguna parte.

Llegó el quince de julio y con él, el sorteo.

Miguel tomó un papel del bolsillo, fue el primero en sacarlo, se sentía especial por eso, y vio como la picardía brillaba en los ojos de Laureana, que había preparado todo, y lo acompañó hasta el saco gris donde habían puesto los nombres.

Quiso abrirlo ni bien lo tuvo en su mano, como lo tiene ahora, apretado y sintiendo como el sudor de la misma se le escurría por el puño.

Pero vio los ojos atentos, posados en él, los ojos de todos sus compañeros que lo miraban expectantes. Sentía los látigos de las miradas en su espalda cuando se dirigía a su escritorio, y les murmuró:

- Es un secreto...

Y todos soltaron una carcajada hilarante, ruidosa y triunfal, como un vidrio al romperse, a lo que él solo pudo volver a sonrojarse y arrebuajarse en su asiento, volviendo a la normalidad de su trabajo, prometiéndose conocer el afortunado(o la) sólo al llegar a su casa.

Metió el papel al bolsillo, y continuó tecleando lo que, para alguien, seria importante.

Al abrir el papel, volvió a sonrojarse.

No podía ser verdad.

No, no y no.

Había leído mal.

Volvió a verlo.

Si, en la primera lectura, sus fantasmas más oscuros le habían jugado una mala pasada, y ahora, ahora veía el nombre, solo el nombre que él esperaba.

Laureana.

Si, Laureana, la que lo miraba, su princesa, su reina.

Si, la que había organizado todo para que sus compañeros olvidaran un poco la tristeza de julio, sí, ella solo se merecía lo mejor de Miguel, todo lo que él le pudiera dar...

El veinte de julio llegó, y con él, el Día del Amigo.

Como siempre, Miguel fue el primero en llegar, y preparó el café como lo hacía todos los días, para que sus compañeros lo tomaran bien caliente al llegar.

Cuando Laureana entró en la oficina, su torva sonrisa de superioridad no tardó en borrarse de su cara.

Todos sus compañeros estaban desplomados sobre sus escritorios, como si hubieran acordado una siesta en conjunto, pero...

Sintió la hoja del puñal entrar a través de su espalda, y no tuvo tiempo, ni resto de vida, para gritar...

- Los envenené- dijo un susurro que se perdía cerca de su oído – pero te guardé esta distinción, princesa.

El cuerpo cayó con un golpe sordo al suelo.

Y sobre él está ahora sentado un hombre, de ojos hundidos y barbilla huidiza, una ratita, que, secándose las lágrimas con los puños, deja caer un papel, donde está escrita una palabra.

Miguel.